

ANDREA IZQUIERDO
HELEN PARKER



Jaula de dragones

CROSS
BOOKS

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© Texto: Andrea Izquierdo

© 2021, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-08-24588-9

Primera edición impresa en México: julio de 2022

ISBN: 978-607-07-8906-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

1



Un sueño perturbador

Los vítores sonaban de forma acompasada. No sabía si estaba escuchando a sus compañeros de Elmoon en lo alto de la Estatua de la Libertad o si se trataba de sus pasos, lentos pero firmes, en dirección a una luz al final del túnel.

Su mente iba y venía. Una parte de ella intentaba reanimarla para que despertara, para evitar que cayese en un profundo sueño. La otra solo quería hundirse.

Helen Parker abrió los ojos para tratar de comprender lo que sucedía a su alrededor, pero ya era tarde. Una oscuridad que le resultaba fastidiosamente familiar se cernió sobre ella y la dejó del todo ciega.

De pronto, ese famoso túnel con la luz blanca parecía más estrecho que nunca. Se agitó, intentando escapar de su propia pesadilla, sin éxito. No podría alcanzar nunca al final, pero tampoco podía morir ahí, a mitad del ascenso.

Quería saber la verdad. Por fin estaba preparada. Se dejó abrazar por el sueño, relajando todos sus músculos, tanto en la vida real como en su imaginación. Las rodillas chocaron contra el siguiente escalón y se derrumbó en la escalera.

Había estado tan cerca...

Permaneció quieta unos segundos en los que su corazón

pareció imitarla, y después notó que la luz se hacía cada vez más grande. No, eso no era posible. Movi6 los ojos y observó que, en realidad, la puerta del final del túnel se estaba acercando a ella a una velocidad creciente, como un tren circulando en su dirección por un túnel. Tuvo que cerrarlos cuando se volvió demasiado blanca y dejó que la absorbiera su calor.

Aunque, en verdad, lo primero que sintió fue el frío.

Lo notó subiéndole por los pies y los brazos, enroscándose alrededor de su pecho. Y junto al frío, irrumpieron un montón de escenas inconexas sobre su pasado. Conversaciones, risas, llantos... todo sonaba a la vez, y se desvaneció con la misma rapidez que había aparecido.

Y entonces oyó la lluvia.

Al principio solo era un ruido de fondo, pero poco a poco se tornó más real, hasta que notó cómo el agua le iba calando los huesos.

De repente todo lo que la rodeaba cambió. Ya no se encontraba en ningún túnel, sino en mitad de un sueño, o quizá una visión. No era la primera vez que le pasaba algo así, en las últimas horas había tenido regresiones similares, por lo que se imaginaba lo que vendría a continuación: una escena de su pasado, seguramente relevante para su papel como dragón dorado.

La lluvia seguía cayendo sobre la calzada y Helen Parker cruzó un paso de cebra, ya que se había personificado justo en el centro de la ciudad. El semáforo se había puesto en rojo para los peatones, pero no aceleró el paso por miedo a resbalar. Si era capaz de sentir la lluvia, quizá también podría notar el dolor de un tobillo torcido accidentalmente. Una vez estuvo a salvo, se resguardó bajo un porche y examinó lo que había a su alrededor.

Enseguida reconoció la calle en la que había aparecido.

Se trataba de Canal Street, muy cerca de su casa y del restaurante donde trabajaba con sus padres, The Chinese Moon, en Chinatown. Sin embargo, aquel barrio de Nueva York parecía cambiado. Helen no sabía decir por qué, pero había algo en el ambiente que le hacía pensar que no estaba en 2017, sino mucho antes. Lo notaba no solo en la ropa de los viandantes, sino en los carteles, los anuncios, incluso en las conversaciones que la rodeaban...

Helen sabía que estaba soñando, o algo parecido, por lo que se dejó llevar por el tiempo, que a veces iba demasiado rápido y otras muy lento. Era una sensación muy extraña, desconcertante. La lluvia seguía cayendo con fuerza, pero a veces parecía ir a cámara lenta, y ya no mojaba.

El frenazo de un taxi frente a ella la devolvió a la realidad, justo para ver cómo las ruedas se deslizaban sobre los charcos. La colisión fue inminente. En cualquier otra ciudad, probablemente los viandantes se habrían acercado para asegurarse de que todos estuvieran bien. Pero estaba en Nueva York, donde la noticia no sería un accidente de coche, sino la ausencia de ellos.

El primero en bajar fue el conductor. Se puso la capucha para resguardarse de la lluvia mientras rezaba para que la abolladura del coche no le costara más que lo que había ganado en ese día.

Fue entonces cuando oyó aquel estruendo tan fatídicamente familiar. O quizá lo primero que vio fue la luz. Un rayo impactó sobre el taxi, dejando a su paso quemaduras en el techo. Tan rápido como había caído, desapareció. Helen se quedó en *shock* al oír el ruido y se sintió como aquella primera vez en el Empire State Building, cuando consiguió sus poderes por el impacto del Rayo Lunar.

Se apoyó en una farola, intentando concentrarse en escapar de ese sueño que parecía tan real. Helen tenía la cabeza

embotada y veía *flashes* rojos y verdes allá donde mirase. Al ver que seguía en el mismo escenario que antes se giró de nuevo hacia el taxi, sabiendo lo que estaba a punto de presenciar. Aquel era el momento exacto en el que su madre y su abuela habían conseguido sus poderes. De hecho, así se lo habían contado meses atrás, cuando Helen lo descubrió.

La puerta trasera del taxi se abrió, y la primera en salir fue su abuela. A Helen le dio un vuelco el corazón. Parecía llena de vida: estaba joven, tenía más pelo y menos arrugas, caminaba con una agilidad que nunca había llegado a ver en ella. Helen sintió que algo se agitaba dentro de ella, como si el espíritu del dragón dorado hubiera reconocido el cuerpo de su anterior dueña.

«Ahora bajará mamá», musitó Helen, como si estuviera presenciando una película que ya había visto antes.

La abuela se volvió para dar la mano a su madre y ayudarla a salir..., pero el brazo no se parecía en nada al de una mujer adulta, sino que era el de un niño. Del taxi, con un rostro que reconocía de las fotos que guardaban sus padres en su habitación, bajó Jack Parker, su hermano mayor.

Helen se quedó paralizada. El frío de la lluvia, que en teoría no debería sentir, se le metió por cada rincón de su cuerpo.

«¿Jack...?»

La chica se negaba a creer lo que estaba viendo. Su hermano también... Y nadie se lo había dicho jamás. No podía ser real, todo formaba parte del sueño. Agitó la cabeza, intentando de nuevo escapar de aquella pesadilla, mientras el conductor del taxi elevaba la voz en una discusión sobre quién debía pagar los desperfectos.

Se sentía cada vez más mareada y las líneas se empezaron a difuminar. Trató de despertar, pero había algo que la mantenía atada al suelo, inmovilizada.

Parpadeó varias veces hasta que su visión regresó a la normalidad y entonces lo vio. Tal y como había esperado, su madre fue la última en abandonar el taxi, cerrando la puerta a su espalda.

Y, a pesar de la gabardina que le cubría hasta las rodillas, Helen notó enseguida que había algo diferente en ella.

Su madre estaba embarazada.

2



El dragón vuela solo

James nunca había visto a Helen tan vulnerable. Parecía completamente ida, como si no fuera consciente de lo que estaba sucediendo delante de sus propios ojos. Por unos instantes se compadeció de ella, pero enseguida se arrepintió. Se había prometido a sí mismo que no sentiría pena por Helen después de todo lo que había sucedido entre ellos.

No solo le había mentido, sino que le había traicionado. A él, a su padre, a sus amigos y a todas las personas con las que convivía y estudiaba en Elmoon. Aunque lo que más le fastidiaba era que, por lo visto, Brooklyn Scales, la famosa escritora de dragones, parecía saberlo todo sobre ella. Entre otras cosas, que Helen era nada más y nada menos que el dragón dorado. Después de meses intentando buscar pistas sobre quién podría ser aquella legendaria criatura y cuál sería su paradero, después de toda la gente que había muerto a manos de Los Otros... Helen había sido incapaz de contar la verdad. Ni siquiera a él. Y eso lo había dejado devastado, pues creía de verdad que había algo distinto entre ellos, un vínculo que los unía. Se sintió engañado, y una emoción cercana al odio empezó a crecer en él, sin que pudiera evitarlo.

—Empezamos.

Una voz solemne indicó a todos los presentes que se sentaran. En la Sala de la Corona reinaba el silencio. El sol estaba a punto de alcanzar su punto más alto, pero todavía se escapaba algún bostezo entre los integrantes de La Guardia. Todo lo que había sucedido la noche anterior los había tenido en pie hasta altas horas de la madrugada y apenas habían podido dormir.

Fiona Fortuna presidía la sala. Normalmente, en ese tipo de reuniones los asistentes se colocaban alrededor de la mesa. Sin embargo, en aquella ocasión eran tantos que no cabían, por lo que tuvieron que improvisar otra disposición diferente de las sillas. Todos los miembros de La Guardia que trabajaban en Elmoon estaban presentes, todos excepto Anita, quien había sufrido una alteración en su memoria y estaba en observación.

La directora carraspeó para acallar los últimos rumores. A su lado estaba Helen, con *Noire*, su Aura. Hasta el *phox*, la criatura que la acompañaba a todas partes, sabía que algo pasaba. James podía leer su lenguaje no verbal, aunque fuese una criatura parecida a una pantera negra.

—Tal y como habéis leído en la convocatoria, hoy estamos aquí para votar sobre la expulsión definitiva de la alumna Helen Parker de Elmoon —habló la directora del colegio.

Fiona Fortuna era una mujer que imponía incluso cuando estaba alegre. Tenía una forma de moverse que le recordaba a un felino acechando a su próxima presa. En ocasiones, Fiona Fortuna se había convertido en su mejor aliada. Le había dado la oportunidad de estudiar en Elmoon y aprobaba todas las facetas laborales de su padre, tanto dentro como fuera del colegio, aunque este utilizara en sus rodajes un poco de magia cuando no le estaba permitido con el fin de ahorrar presupuesto en efectos especiales. En otras, sin embargo, ella se había convertido en un verdadero obstáculo. Como, segu-

ramente, estaba a punto de suceder en aquel instante. La directora no votaría, pero él sabía con certeza qué opción escogería si pudiera hacerlo libremente.

James tragó saliva al escuchar sus palabras, aunque Helen permaneció impasible. Como si aquello no fuera con ella. Al lado del chico, *Teddy*, su Aura, se revolvió nervioso, como si fuera un espejo de sus propios sentimientos. Era raro ver a una especie de oso gigante inquieto.

—Antes que nada, se procede a la evaluación de los hechos que nos han llevado a esta reunión. Limna, por favor, si eres tan amable...

Fiona Fortuna se apartó y dejó que Limna tomara la palabra. El pelo azul de la profesora destacaba más que nunca sobre la oscura capa. Todos estaban de luto por la muerte de John Cullimore, el subdirector de Elmoon, motivo por el cual la directora había instaurado como obligatorio el uniforme negro durante al menos una semana, sin distinciones entre profesores y alumnos.

Limna llevaba un papel entre las manos, aunque parecía sabérselo de memoria, ya que no lo consultó cuando se dirigió a los allí presentes.

—La alumna Helen Parker ha cometido, de forma verificada, las siguientes infracciones: ocultar información a La Guardia, antes y durante su permanencia en la misma, sobre su identidad como dragón dorado; esconder la Piedra Lunar; perpetuar una búsqueda y participar en ella, siendo conocedora de que diciendo la verdad habría ahorrado tiempo y sufrimiento; destruir el *Neptunius* y poner en riesgo vidas de la comunidad mágica, en particular de La Guardia. Todas estas acciones resultan contrarias a los valores que tratamos de cultivar en Elmoon. Consideramos especialmente grave la ocultación de la información sobre su labor como dragón dorado. Entendemos que forma parte de su trabajo no darlo a

conocer públicamente, pero creemos que podría haberlo comunicado, por lo menos, a la directora del colegio, para poder coordinar mejor las acciones de La Guardia y evitar enfrentamientos y fallecimientos innecesarios.

»La consecuencia inmediata de estas acciones es la expulsión irreversible y de por vida de La Guardia y la propuesta de expulsión inmediata de Elmoon. Por favor, Parker, ponte de pie. Ahora es tu oportunidad de responder a todas estas cuestiones y demostrar que te sigues mereciendo un puesto en esta escuela. Al final de todo, tendrás la posibilidad de defenderte de estas acusaciones y mostrar pruebas, si las hay, de que detrás existe una razón más importante por la que actuaste de ese modo incomprensible.

Limna se guardó el papel en el bolsillo y continuó hablando, mirando de nuevo a los allí presentes.

—Entremos en detalles de cada una de ellas —su tono cambió—. La alumna Helen Parker no solo ha ocultado información a La Guardia, sino que ha mentido para quedarse con la Piedra Lunar. ¿Cuánto tiempo íbamos a seguir dando vueltas, buscando algo que tenías guardado..., no sé, en tu propia habitación? ¿En la mesilla de noche?

Fiona Fortuna cambió el peso de una pierna a otra sin perder de vista a la profesora.

Un murmullo relleno el silencio, pero Helen no dijo nada. Ni siquiera *Noire* se movió.

—Todo este tiempo sabías dónde estaba la piedra y que tú eras el dragón dorado, y aun así dejaste que la gente muriese y fuera torturada para...

—Limna —la cortó Fiona Fortuna antes de que siguiera hablando.

El tono de la Jefa de Agua había ido subiendo cada vez más, mientras que el de la directora de Elmoon se mantenía calmado.

—Vamos a centrarnos en los hechos y a dejar que hable ella, seguro que tiene alguna razón para hacer lo que ha hecho —intervino Benjamin, el Jefe de Fuego.

James se sorprendió al escuchar a su padre. Parecía ser la única persona que intentaba defenderla, probablemente porque sabía que Helen había sido muy importante para él. Y todavía lo era, aunque ya no pudiera mirarla de la misma forma que antes. Aunque le doliera.

—Con permiso... —empezó a hablar Félix Adour—. Creo que debería ser yo quien hable directamente con Parker. Al fin y al cabo, es alumna de Aire, mi elemento, por lo que está bajo mi responsabilidad.

Los demás parecieron estar de acuerdo, excepto Limna, que puso los ojos en blanco mientras soltaba el aire de los pulmones.

—Parker, ¿hay algo que quieras añadir? —le preguntó el Jefe de Aire—. ¿Alguna cosa en particular que te gustaría aclarar?

Helen no abrió la boca. James dudó un instante sobre si estaba realmente presente o si se había dado algún golpe que la había dejado atontada. No reaccionaba a ningún estímulo. De hecho, apenas desvió la mirada hacia el Jefe de Aire cuando le habló a ella directamente.

—Este es el momento de contarnos lo que tengas que contarnos, Parker. No debería haber más secretos entre nosotros si todos luchamos contra un frente común —interrumpió Limna.

La Jefa de Agua parecía contenta de que Helen no dijera nada, como si aquello le diese la razón a ella sobre la imprudencia que había cometido la alumna. Pero, por otro lado, necesitaba escuchar una explicación, una pequeña justificación que le permitiera saber por qué no dijo nada, por qué había aguantado todos aquellos meses mientras Los Otros torturaban, entre otros, a Anita, su pareja.

James tragó saliva, esperando que Helen dijese algo. Lo que fuera. Aunque no diese una explicación detallada, por lo menos que hablara, que respondiera alguna de las preguntas que le estaban haciendo los profesores de Elmoon. No obstante, ella siguió con la cabeza alta y la vista fija en algún punto de la pared del fondo de la sala.

—Parker, esta es tu última oportunidad antes de que empiece la votación. Está en juego tu expulsión del colegio. Dejarás de aprender más sobre tus poderes, sobre criaturas mágicas, no volverás a ver a tus amigos... Y, por supuesto, te separaremos definitivamente de *Noire*. ¿Es eso lo que quieres?

Hubo algo en las palabras de Félix Adour que provocó en Helen una mueca de dolor, pero aun así se mantuvo en silencio. Todos miraron a Fiona Fortuna, esperando que dijera algo.

—¡De acuerdo!, pasaremos entonces a la votación de los jefes de los elementos sobre la permanencia de la alumna Helen Parker en Elmoon —exclamó la directora, colocándose junto a Limna—. El voto será público y se emitirá en voz alta. Os iré llamando uno a uno. Para que conste en acta, Edmund se ausenta de la reunión por motivos de salud, pero cede su voto a Benjamin Wells, que votará por los dos, en representación de Edmund y en la suya propia. Además, a esta votación se suman dos nuevas personas. La primera de ellas es Maurice Lieu, nuevo Jefe de Tierra, en sustitución de John Cullimore.

El hombre se puso de pie. Llevaba la túnica perfectamente planchada, como si fuese la primera vez que la usara en mucho tiempo. Su cara era pálida y alargada, al igual que su nariz, que se doblaba de una forma extraña a la altura del puente.

—Presente —dijo él, consciente de que decenas de mira-

das se posaban sobre él. Maurice no solo tomaba el testigo del elemento Tierra, sino que trataría de llenar el vacío que se había creado con la sangrienta muerte de John Cullimore a manos de un escorpión gigante enviado por Los Otros.

—Y la otra persona que nos acompaña hoy es Catalina Fernández, nueva Jefa de Electricidad, en sustitución temporal de Anita, hasta que esta se recupere del todo. Después se quedará con nosotros como profesora de apoyo para los alumnos de su elemento.

La mujer se puso también en pie. No era tan alta como Maurice, pero casi. Tenía los hombros anchos, la piel oscura y el pelo muy rizado.

—Eso es —respondió.

Los dos volvieron a sus sillas.

—Muy bien. Comienza la votación entonces. Tenéis que responder si estáis o no a favor de la expulsión —informó Fiona Fortuna—. Empezaremos por Tierra. ¿Maurice Lieu?

El hombre se puso en pie de nuevo.

—A favor de la expulsión.

Helen no se movió al escuchar la primera sentencia que la condenaba. Se formó un murmullo al final de la sala.

—Pasamos a Agua. ¿Limna?

La Jefa de Agua se puso en pie.

—A favor de la expulsión.

Su voz escondía un tono de venganza y satisfacción por que se hiciera justicia. James nunca había imaginado a Limna como una persona rencorosa, pero suponía que todo cambiaba cuando herían a la persona a la que más amabas.

—A continuación, el Jefe de Fuego, en representación propia y del Jefe de Oscuridad, Edmund. ¿Benjamin?

El padre de James se puso en pie. Durante unos segundos, James dudó sobre la respuesta que iba a dar. Tenía dos votos que emitir: el de Edmund y el suyo. Por un lado, po-

dría votar en contra de la expulsión y dejar la decisión en manos de otros. Pero, por el otro, si se mostraba a favor la sentencia ya estaría dictada.

En realidad, el chico ni siquiera sabía cuál de las dos opciones era la que prefería. El comportamiento de Helen durante los últimos meses había sido tan raro que no solo se sentía traicionado, sino estúpido por no haberse dado cuenta antes. Si se iba, ¿adónde iría? Por suerte, le quedaba la casa de sus padres, aunque no podría estar allí eternamente.

—Voto a favor de la expulsión —dijo su padre, cortando sus pensamientos—. Por mí y por Edmund.

En la sala comenzó a crecer el volumen del murmullo, que ya vaticinaba la decisión final.

—Silencio, por favor —acalló la directora—. Pasamos a Electricidad. ¿Catalina Fernández?

La nueva profesora se levantó para emitir su voto.

—A favor de la expulsión.

—Y, por último, Félix Adour, representante de Aire, el elemento de la alumna.

Félix sabía que su voto ya no servía para nada, pero aun así se levantó y dictó la sentencia final.

—A favor de la expulsión.

De nuevo, los presentes comenzaron a comentar la votación, levantando cada vez más el volumen. Fiona Fortuna tuvo que esforzarse para hacerse oír sobre ellos. Los demás miembros de La Guardia parecían conmocionados por la decisión, aunque la mayoría ya se la esperaba. Todos menos la propia Helen.

—Queda declarada por unanimidad la expulsión de Helen Parker de La Guardia y de Elmoon con efectos inmediatos y no retroactivos. Se desvinculará a su Aura a lo largo del día. Parker, tienes una hora para regresar a tu habitación, recoger tus cosas y abandonar la escuela. La Piedra Lunar, que

te fue requisada anoche cuando aterrizaste en la antorcha, permanecerá en Elmoon bajo la custodia de La Guardia.

Aquello pareció, por fin, llamar la atención de la chica. Miró a Fiona Fortuna, como si le estuviera hablando en otro idioma y no entendiese nada de lo que había dicho. Después a Félix, a Benjamin y, por último, a James. El pecho le subía y bajaba con intensidad, cada vez más, como si estuviera a punto de soltar una pataleta por su expulsión.

James la miró a los ojos. Parecían estar en llamas. Lo último que pudo ver en su expresión fue una media sonrisa antes de que, frente a toda La Guardia, se transformara en el dragón dorado y saliese de ahí volando, reventando los cristales de la Sala de la Corona a su paso y desapareciendo en el cielo de Nueva York.